
CHILE Y LA CONFEDERACIÓN PERÚ-BOLIVIANA A PARTIR DE UNA DISCUSIÓN HISTORIOGRÁFICA

*Ignacio Morales Barckhahn**
Universidad Adolfo Ibáñez, Chile

El siguiente artículo presenta ciertos antecedentes históricos relativos a las causas del conflicto entre Chile y la Confederación Perú-Boliviana, a partir de 1836. Considerando dispares visiones historiográficas, se plantea la trascendencia de dos figuras políticas importantes para dicho conflicto. La notable influencia y participación de Diego Portales y Andrés de Santa Cruz en la interpretación histórica de Francisco Encina se presenta como uno de los grandes puntos en discusión.

*Palabras clave: Confederación Perú-Boliviana, Guerra, Diego Portales,
Andrés de Santa Cruz.*

CHILE AND THE PERU-BOLIVIAN CONFEDERATION FROM A HISTORIOGRAPHIC DISCUSSION

This article presents some historical background in relation to the causes of the conflict between Chile and the Peru-Bolivian Confederation in 1836. Presenting different historiographical conceptions, two important political figures appear: the remarkable influence and participation of Diego Portales and Andres de Santa Cruz in Francisco Encina's historiographical interpretation will be one of the most important elements of discussion.

Keywords: Peru-Bolivian Confederation, War, Diego Portales, Andrés de Santa Cruz.

* Magíster en Historia, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Profesor Departamento de Historia, Facultad de Artes Liberales, Universidad Adolfo Ibáñez. E-mail: imorales@uai.cl

CADA VEZ QUE COMENZAMOS EL ANÁLISIS DE ALGÚN proceso histórico de nuestro interés, nos topamos con uno de los grandes problemas del estudio de la Historia; problema que, al parecer, no tiene una solución muy clara. Nos referimos, con lo anterior, a la problemática de la interpretación y lo esencial que ésta resulta en la búsqueda de la siempre esquiva «verdad histórica».

Creemos que el hecho de plantear algún camino que permita unificar los criterios de cada uno de los historiadores o estudiantes involucrados en una temática determinada, puede terminar, paradójicamente, por generar discrepancias serias y, casi seguro, imposibles de aunar. Lo natural, de hecho, radica en la dificultad por establecer acuerdos respecto de un tema común, generando una nutrida lista de diversas y heterogéneas visiones, posturas y conclusiones.

La problemática que nos motiva a desarrollar este artículo cumple entonces, según creemos, con esta marcada incertidumbre, presentando una diversidad importante de interpretaciones derivadas de la diversidad historiográfica. De hecho, el análisis que desarrollaremos descansa, principalmente, en las diferencias de interpretación que existen para la comprensión de uno de los más importantes conflictos bélicos que Chile ha debido enfrentar a lo largo de su historia: la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana.

No pretendemos, en todo caso, desarrollar un relato de la guerra, tampoco una caracterización de las campañas militares, ni un análisis respecto de las importantes consecuencias que este conflicto generó. Intentaremos, más bien, centrar nuestra atención en una interpretación histórica que entrega ciertas luces respecto a un conflicto que pensamos ha sido, de cierta forma, relegado de la Historia de Chile. Lo anterior, debido principalmente al efecto opacador que la Guerra del Pacífico ha generado sobre el estudio de nuestra historia política, militar y geográfica.

De esta forma, ahondaremos principalmente en la interpretación realizada por Francisco Encina respecto de las causas más profundas del conflicto. A partir de ella, intentaremos establecer entonces algunas comparaciones con otras líneas historiográficas cuando sea pertinente. La interpretación histórica de Encina será el eje principal de este artículo, aunque no tanto respecto de su relato histórico, sino que más bien respecto a su postura, algo distante en relación con a la historiografía chilena del siglo XIX.

Nuestra línea de trabajo intentará entonces, contrastar la interpretación de Encina con la de otros autores que se han abocado a plantear las causas de este conflicto¹. Se considerarán para ello los planteamientos de Benjamín Vicuña Mackena, Agustín Edwards y Ramón Sotomayor Valdés, en algunas de sus obras. En cuanto al tratamiento de fuentes, consideraremos el aporte del diario chileno «El Araucano», y algunas menciones a su símil peruano «El Eco del Protectorado».

Ahora bien, para presentar este análisis de forma coherente debemos, en primer lugar, tratar la interpretación de Encina en relación al caso de la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana. Nuestro autor señala desde un comienzo, que existe un error importante en la historiografía chilena del siglo XIX cuando se plantean las causas de este conflicto. De acuerdo a su postura, no se identifican con claridad, por ejemplo, diferencias importantes entre lo superficial y lo esencial en cuanto a las causas de la guerra. De hecho, creemos que este juicio resulta bastante trascendente, debido a que enfrenta el estudio del conflicto, no desde la óptica tradicional; a saber, entendiendo la guerra como resultado de políticas económicas y desacuerdos financieros e impositivos. Encina más bien se permite presentar el conflicto como el resultado del choque de dos personalidades importantes para la historia política de ambas naciones: Diego Portales, para el caso chileno y Andrés de Santa Cruz para el caso boliviano².

Es importante mencionar que al iniciar el noveno capítulo³ de su *Introducción a la historia de la época de Diego Portales (1830-1891)*, Encina presenta, en primer lugar, algunas menciones a la figura del Mariscal Andrés de Santa Cruz, profundizando sobre la importancia que dicho personaje juega en relación a las causas primeras del conflicto; no tanto por representar la dirigencia de la Confederación, sino más que nada por su influencia directa sobre el desarrollo de los acontecimientos. Sus ambiciones personales y su intrigante

¹ Se considerarán las siguientes obras del autor: Encina, Francisco A., *Introducción a la historia de la época de Diego Portales (1830-1891)*, Editorial Nacimiento, Santiago, 1964 e *Historia de Chile. Desde la prehistoria hasta 1891*, Tomo XI, Segunda Edición, Editorial Nacimiento, Santiago, 1969.

² «La incapacidad del erudito para penetrar más allá de las apariencias del suceder y el aniquilamiento intelectual producido por las pasiones políticas, pesaron decisivamente en el juicio que se formaron los historiadores del siglo XIX sobre las causas del conflicto de 1837 entre Chile y la Confederación Perú-Boliviana. Sólo vieron la superficie, lo accidental, lo que pudo no ocurrir, sin que el conflicto hubiera dejado de producirse: las incitaciones de los desterrados peruanos en Chile y de los chilenos en Lima por sembrar las desconfianzas entre los gobiernos; la rivalidad comercial en el Pacífico; la expedición de Freire, etc. Y entrando en los dominios de la fantasía, transportaron a Portales el pensamiento atribuido a Napoleón III, al suponerle el propósito de consolidar el orden interno mediante la guerra exterior, necesidad que corre parejas con la creencia de Vidaurre de que la guerra tenía por objeto destruir ejército chileno de línea para facilitar el sometimiento del país. Entretanto, el choque era fatal e ineludible con absoluta independencia de los sucesos eventuales que aparentemente lo desencadenaron. La concepción de Santa Cruz era esencialmente expansiva. Aspiraba a desbordarse sobre Ecuador y el norte argentino y someter a Chile. Su realización era incompatible con la existencia de un vecino poderoso en el extremo sur de América. Y la esencia de la de Portales era un estado orgánico fuerte, económicamente asentado sobre una vigorosa expansión comercial en el Pacífico. Necesariamente la guerra tenía que decidir el predominio de una o de otra.» Encina, Francisco A., *Historia de Chile... op. cit.*, pp. 166 y 167.

³ Dedicado particularmente a la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana.

capacidad de camuflar sus reales intenciones, lo hubieron de transformar durante gran parte del conflicto en una figura difícil de entender. De hecho, los peligros que implicaba la figura impredecible de Santa Cruz parecían ser un problema de importancia para los intereses del joven Estado chileno. No es casualidad entonces, según entendemos, que Encina comience el capítulo dedicado a esta guerra con una mención directa al líder confederado. Así mismo, el historiador chileno se desmarca desde un comienzo de la línea historiográfica tradicional chilena del siglo XIX, en cuanto al tratamiento de las causas de la guerra a partir de una suma de factores político-económicos.

Podríamos decir entonces, que desde la óptica del historiador chileno, la personalidad de Santa Cruz juega un rol fundamental en el desarrollo de los acontecimientos. De hecho, Encina plantea que gran parte de la idea de la Confederación proviene de una aspiración del boliviano por reestablecer las formas del antiguo imperio incaico⁴. Esto, además de un sentimiento de superioridad histórico-política muy arraigado en algunos segmentos de la sociedad peruana y boliviana en momentos del conflicto frente al Chile de Prieto y Portales. Parecían, en efecto, estar muy vivos los recuerdos del poder peruano como estructura virreinal. Para Santa Cruz, por ejemplo, el territorio chileno debía ser necesariamente anexionado a la Confederación en cuanto estructura político-militar de corte americanista⁵.

Es así como podemos hacer ahora, uno de los primeros paralelos entre las ideas de Encina y algunos conceptos expresados por la denominada «Galería de Hombres Célebres de Bolivia» en su capítulo dedicado al Mariscal Andrés de Santa Cruz. Encina comenta que respecto de las formas que influyeron en la idea de la unión americana mediante la creación de la Confederación,

El azar histórico reunió el recuerdo, largos siglos aletargado, del poderío incaico con el sentimiento de la superioridad jerárquica americana, muy vivo en las altas clases Perú-bolivianas (...). Ambos [Santa Cruz y Gamarra] concibieron la idea de reconstruir el antiguo virreinato uniendo al Perú y Bolivia; y organizando un poder respetable cuya fuerza expansiva desbordara hacia el norte, hacia el suroriente y hacia el sur, siguiendo los caminos ya trazados por los ejércitos incaicos (...).⁶

La idea de establecer un poder confederado capaz de reorganizar las fronteras americanas bajo el poder de Santa Cruz tenía mucho que ver con esto. De hecho, la responsabilidad de Santa Cruz en este complejo escenario es innegable.

⁴ Es quizás por esto que un americanista como Vicuña Mackena planteaba una interesante defensa de la figura de Santa Cruz y la Confederación. El argumento esgrimido por Vicuña Mackena para este caso en particular tiene que ver con su marcada tendencia por mantener vivo el sueño de unificación americana. Así además, el autor desliza una crítica importante a la figura de Diego Portales en cuanto éste representaría una amenaza cierta para el sentido de unificación política, económica y cultural americana.

⁵ ENCINA, FRANCISCO A., *Introducción... op. cit.*, pp. 353 y ss.

⁶ *Idem.*

En este contexto, y respecto particularmente a las intenciones de Santa Cruz, las contingencias necesarias para desarrollar un Estado confederado americanista supondrían momentos de inestabilidad política importante en el Perú. El mariscal boliviano, por lo tanto, no dejaría pasar la oportunidad para adueñarse del territorio peruano en su conjunto. El hecho es que

Los acontecimientos del Perú, preparados en gran parte por el general Santa Cruz, parecían venir a realizar los proyectos ambiciosos del jefe de Bolivia. Sublevado Gamarra, aunque con mal éxito, contra el presidente Orbegoso, la convención peruana de 1834, solicitó la intervención armada de Bolivia para poner término a la guerra civil que afligía a aquella nación. Santa Cruz, que se creía autorizado por el Congreso de 1833 para seguir la política que mejor le conviniera, puso en movimiento su ejército; pero un suceso raro vino a impedir la realización de sus proyectos. Prontos a llegar a las manos los partidos en que estaba dividido el Perú, se abrazaron en Maquinhuayo, i Santa Cruz vio desvanecerse por entonces su esperanza de intervención en los negocios de aquel país, i reunió el Congreso de 1834.⁷

Pero antes del conflicto entre chilenos, peruanos y bolivianos (cuando la Confederación era ya una realidad y los distritos peruanos del norte y del sur habían sucumbido al poder de Santa Cruz y Orbegoso), se intentaba recalcar en todo momento por parte de Santa Cruz que el establecimiento de esta forma unificada de gobierno tenía sólo tintes pacíficos coherentes con un discurso de unión americana. De hecho, es justamente acá donde podemos apreciar una de las principales dificultades para entender el ideario de Santa Cruz. Hemos dicho en líneas anteriores, que su personalidad lo hacía difícil de comprender; así también, y por consiguiente, sus intenciones políticas y su postura frente a la libre determinación de las naciones vecinas. Quizás por esto mismo, el establecimiento de la Confederación no podía entenderse en muchas partes de América como una garantía de orden, unidad y prosperidad. De acuerdo a Encina,

El manifiesto a los gobiernos de América, al notificarles el hecho, recalca los propósitos profundamente pacíficos que inspiran a la nueva entidad nacional. Los gobiernos sudamericanos deben mirarla sin inquietud: es una garantía de orden y un dique contra la anarquía.⁸

Pero esta concepción nunca logró generalizarse fuera de las fronteras de la Confederación. De hecho, el Mariscal tuvo que hacer grandes esfuerzos por presentar una imagen pacífica

7 Manuel José Cortés respecto de Andrés de Santa Cruz en: CORTÉS, DOMINGO, *Galería de Hombres Célebres de Bolivia*, Imprenta de la República, La Paz, 1869, p. 148.

8 ENCINA, FRANCISCO A., *Introducción... op. cit.*, p. 356.

fuera de las fronteras del territorio peruano y boliviano una vez establecida la Confederación⁹. Respecto de ello, Ramón Sotomayor Valdés agrega que Santa Cruz entendía perfectamente que esta nueva forma política generaría recelos dentro del continente americano. Es así que como eje del poder confederado, el mariscal intentaba desde un comienzo plasmar las intenciones pacíficas de este poder binacional. También se aseguraba que el orden interno de la federación se mantuviera bajo los cánones que él esperaba. La unificación de la ley era, por ejemplo, un componente esencial:

Santa Cruz promulgó en los dos nuevos estados peruanos los códigos civil y penal de Bolivia, antes de que el poder omnímoto que le habían confiado pudiera sufrir alguna limitación. Y al fin, por decreto del 28 de octubre de 1836, dado en Lima, declaró establecida la confederación Perú-Boliviana, no sin haber anticipado la noticia de este acontecimiento político a los gabinetes de América, exponiéndoles las miras profundamente pacíficas y conciliadoras que habían concurrido a la creación de aquel nuevo cuerpo político.¹⁰

Pero la pregunta es entonces si debemos considerar la figura de Santa Cruz como único factor relevante para comprender el conflicto, o bien, entendiendo que el rol del Mariscal es esencial, repasar las causas que dieron inicio al conflicto a partir de sus posibles influencias. Creemos, fuera de cualquier duda, que la segunda opción resulta más sensata. ¿Cuáles son entonces las contingencias que llevaron la tensión entre chilenos y confederados a niveles inusitados, provocando un conflicto bélico de tan importantes consecuencias?

Para responder esto, debemos hacer algunas distinciones. Han sido planteadas en extenso por la historiografía chilena las causas más evidentes de la guerra contra la Confederación. Entre ellas, el rol de Valparaíso como competencia directa del Callao en un sistema económico americano en permanente desarrollo. De hecho, al plantear Encina la importancia de la figura de Santa Cruz como ideólogo de la Confederación, de forma casi inmediata se presenta también la posición estratégica de Valparaíso y los recelos de peruanos y bolivianos en relación a su poder en cuanto centro económico portuario. Desequilibrar el poderío de Valparaíso a partir de una consideración de orden estratégica resultaba ser, en esta lógica, un imperativo indiscutible para la Confederación.

⁹ Esto es lo que Portales siempre vio con recelo. Su convicción para ir a la guerra luego de roto el tratado de amistad y comercio con Perú y el desconocimiento de la legitimidad del mismo por parte de Santa Cruz, sumado a la expedición de Freire y sus implicancias, se mantuvo en el tiempo hasta que la guerra quedara oficialmente declarada entre las naciones involucradas. El mismo Encina señala que: «Pero, a mediados de 1832, ha perdido la esperanza de realizar su objetivo por medios pacíficos. Ve venir el conflicto, como algo ineludible. Parece presentir que, tarde o temprano, el Perú será el gestor de un cuadrillazo internacional contra Chile». *Ibidem*, p. 363.

¹⁰ SOTOMAYOR, VALDÉS, Ramón, *Historia de Chile bajo el gobierno del General Don Joaquín Prieto*, Imprenta Esmeralda, Segunda Edición, Tomo II, Santiago, 1900, p. 81.

Un principio estratégico rondaba de forma permanente en los ideólogos de la Confederación: si Valparaíso entraba en crisis, lo haría también Chile. De esta forma, y dependiendo del desarrollo de los acontecimientos, se podría generar la necesidad para el gobierno de Prieto de considerar un ingreso, algo forzado, a la Confederación Perú-Boliviana. Al parecer, la subyugación del Estado chileno a la Confederación era un plan de mediano plazo para Santa Cruz, y es esto entonces lo que nos parece de vital importancia.

Hemos dicho que Encina critica a la historiografía chilena del siglo XIX por no separar lo accesorio de lo sustancial, por no comprender que existirían, al parecer, causas más importantes que las tradicionalmente expuestas para entender el desencadenamiento de la guerra. Encina plantea entonces una solución para este supuesto error interpretativo. Nuestro autor señala la existencia de una relación directa entre aquellas causas que parecen accesorias, y los reales alcances de la política confederada de Santa Cruz. El mismo análisis plantea, al presentar a Santa Cruz como un político poco transparente que:

Todo esto lo realizará con el mayor disimulo, obrando siempre en nombre de los intereses chilenos, pactando con las facciones todo lo que éstas deseen, halagando diestramente las aspiraciones de cada una y empujándolas a destrozarse entre sí.

(...) [Santa Cruz] Abandonó a Chile con una resolución firme: no atacará; y si fuera provocado, eludirá la provocación. Negociará hasta conjurar el conflicto, sirviéndose del respeto del chileno por el derecho y por la palabra empeñada.¹¹

¿Pero es esta opinión de Encina un artificio? Benjamín Vicuña Mackena entiende, por el contrario, que los motivos de Santa Cruz para establecer una Confederación eran bien intencionados, y ve la existencia de una marcada injusticia en los beneficios excluyentes que el puerto de Valparaíso adquiriría frente al puerto del Callao en Perú en la lógica comercial impuesta en la costa del Pacífico del cono sur. Para Vicuña Mackena, los beneficios que Chile obtenía mediante el expediente de las tasas impositivas a los barcos que allí encallaban, además de las ganancias establecidas por los denominados almacenes francos, parecían generar una molestia legítima en el pueblo peruano. Pareciera ser que, para Vicuña Mackena, las percepciones de Encina respecto de la problemática de la figura de Santa Cruz como gran responsable de la tensión en las relaciones chileno-confederadas no son, en absoluto trascendentes para el análisis histórico del conflicto. El mismo Vicuña Mackena señala que:

¹¹ ENCINA, FRANCISCO A., *Introducción...op. cit.*, pp. 359-360.

Nuestras ventajas equivalían, por consiguiente, al daño que este sistema monopolizador infería a la república vecina.

(...)Más cuando a mediados de este mismo año, el gobierno de Chile dobló los derechos del azúcar, quedaba al gobierno del Perú un arbitrio sencillo, no de represalia sino de justicia y de razonable conveniencia propia, para imponer un fuerte derecho (un 20 por 100 de recargo, por ejemplo) a toda mercadería extranjera que en lugar de venir de sus puertos directamente fuese extraída de los depósitos de Valparaíso.

Ese era un golpe diestro y mortal a nuestra rápida prosperidad, y tanto más grave cuanto era inevitable, porque estaba basado en la más estricta justicia y en el derecho indisputable que cada país independiente tiene para arreglar sus negocios internos como mejor le convenga.¹²

Francisco Encina continúa su relato de las que cree son las causas más importantes de la guerra, sin olvidar que la personalidad de Diego Portales era también un factor importante, especialmente frente a las acciones que Santa Cruz pretendía adoptar respecto al puerto de Valparaíso. El historiador chileno, ahondando sobre las consideraciones de Portales, explica que las acciones que Santa Cruz planeaba para Chile no podían verse con buenos ojos, debido a que los ataques a la economía del puerto de Valparaíso, y en efecto de Chile, eran esperables de un hombre como Santa Cruz, quien parecía no respetar los acuerdos diplomáticos establecidos con Chile¹³. Encina hace mención entonces en su análisis, al rompimiento por parte del Perú del Tratado de amistad y comercio de 1835, al peligro que significaba para Chile el establecimiento de la Confederación, a las posturas portalianas y a la poco confiable figura de Santa Cruz:

Portales sabía que los tratados habían sido siempre sólo pedazos de papel y la palabra empeñada carecía de sentido para el genio político del altiplano, no por doblez, sino por falta de toda significación moral en su mentalidad incaica. En las protestas pacíficas del manifiesto, hechas a pueblos que no habían exteriorizado alarmas, sólo vio reflejos involuntarios del pensamiento oculto. <Este cholo nos va a dar mucho que hacer>, había dicho al recibir la noticia del resultado de Socabaya.

¹² VICUÑA, MACKENA, BENJAMÍN, *Obras Completas. Don Diego Portales*, Editada por la Universidad de Chile, Volumen VI, Santiago, 1937, pp. 302-303.

¹³ ENCINA, FRANCISCO A., *Introducción... op. cit.*, p. 368. Se plantea específicamente que: «La tercera fuente de discordia era de carácter comercial. O'Higgins concibió la idea de convertir a Valparaíso en depósito del comercio del Pacífico, mediante el establecimiento de almacenes francos. Más tarde, Rengifo, por decreto de 1 de diciembre de 1830, amplió las facilidades; y por les de 22 de abril de 1833, le dio carácter permanente y las extendió aun más».

(...) Una gran nación invulnerable en Sudamérica se iba a constituir, a lo menos durante su vida [de Santa Cruz], por la fusión Perú-boliviana. Un gran bien para la evolución política hispanoamericana. Pero, desde el punto de vista chileno en que Portales estaba colocado, era sencillamente el suicidio nacional.

(...) Valparaíso, en corto tiempo, se convirtió en el primer centro comercial del Pacífico, mientras el Callao, foco de motines y de saqueos cotidianos, decayó visiblemente. El deseo de arrebatarse este comercio y la prosperidad que derramaba, para radicarlo en el Callao, movió al Perú a gravar con derechos especiales las mercaderías reembarcadas desde Valparaíso, mientras mantenía los derechos generales a la misma mercadería que llegara directamente desde el puerto de origen.¹⁴

Pero la interpretación de Encina dista mucho de alcanzar el consenso en el análisis historiográfico. Vicuña Mackenna, respecto de Portales y sus reacciones frente a Santa Cruz, La Confederación y el pueblo peruano, señala que hay un factor que se debe considerar en este análisis. El autor argumenta, siguiendo otra línea interpretativa, que Portales manifestaba una profunda enemistad por el pueblo peruano. De hecho, señala además que la desconfianza portaliana respecto a la personalidad de Santa Cruz, o bien de sus intenciones para Chile una vez que la Confederación se estableciera de forma definitiva, lo traicionaban de forma importante. Vicuña Mackenna pretende señalar, según creemos, que a partir de Portales se configuró en Chile, y particularmente en el gobierno de Prieto, un estado de ánimo hostil frente al nacimiento de estos Estados federados. De acuerdo al mismo historiador chileno:

Portales, en verdad, no tenía afición ni aprecio por el pueblo peruano, pueblo generoso, como todos los de nuestra raza, pero que en la época en que el lo visitó (y sólo en Lima, que no es el símbolo de la grandeza del Perú), se encontraba destrozado por las facciones que acaudillaba el temerario Riva-güero contra los mismos libertadores que venían a salvar a sus conciudadanos. Además, Portales, enemigo de Bolívar, no había vivido en aquellas regiones de la sociedad peruana que le habrían ofrecido una idea cabal de la índole de su pueblo. (...) Portales era pues el inspirador de la política fuerte con el Perú, y quien hacía circular mañosamente esos proyectos de armamento e invasión que estuvieron en boga en Lima hasta mediados de 1833.¹⁵

14 *Ibidem*, p. 364 y ss.

15 VICUÑA, MACKENA, BENJAMÍN, *op. cit.*, pp. 303-304.

Pocos años más tarde, en 1836, y a modo de ejemplo, el mismo «Araucano» se alineaba con el pensamiento portaliano y criticaba en duros términos a la Confederación. Este medio de prensa, informante de las noticias oficiales del gobierno de Prieto, dista de estar cercano a la línea interpretativa de Vicuña Mackenna¹⁶. Plantea, más bien, la inconveniencia de las acciones confederadas y su inminente peligro para la libertad y seguridad del Estado chileno. Creemos, de hecho, que el análisis que se desprende del «Araucano» es bastante pragmático y se encontraba sujeto a las contingencias políticas del momento. Un ejemplo de ello resultan ser algunas respuestas publicadas en reacción a ciertas opiniones vertidas en el diario peruano «El Eco del Protectorado». Aparece nuevamente esta idea de desconfianza y odiosidad frente a la Confederación y a sus posibles alcances geopolíticos. Todo esto se ve fuertemente matizado con la ruptura del Tratado de comercio y amistad en 1836, con la expedición de Freire a Chiloé, con el rompimiento de las conversaciones entre Chile y la Confederación y la consiguiente declaración de guerra:

(...) El Eco del Protectorado, sin embargo, de la franqueza que jactanciosamente atribuye a todas las operaciones de su gobierno, ha tenido buen cuidado de suprimir en estas comunicaciones las que revelan la mala fe de la administración que defiende, y de presentar trunca la historia de aquellos acontecimientos.

(...) El periódico protectoral, al mismo tiempo que hace sobre esta reclamación comentarios que por su puerilidad no merecen refutarse, pretende revestir de un carácter innoble los motivos de nuestro rompimiento con el gobierno del Perú.¹⁷

Otro de los importantes factores de quiebre entre Chile y la Confederación tiene que ver con la expedición marítima de Ramón Freire y el intento de desestabilización del gobierno de Prieto. Es aquí donde las comunicaciones entre ambos Estados se vuelven muy interesantes, debido principalmente a las disímiles interpretaciones que las autoridades tenían al respecto. De hecho, Portales y Santa Cruz tienen mucho que ver en el contenido diplomático-epistolar entre Chile y la Confederación. Esto nos permite profundizar respecto de nuestro análisis sobre la importancia de estas dos personalidades para el conflicto. Para Encina, el comportamiento de ambos líderes define el desarrollo de los acontecimientos y es a partir de la crisis generada por la expedición de Freire donde podemos encontrar un

¹⁶ No nos parece importante que Vicuña Mackenna escriba aproximadamente cien años después, debido a que lo esencial nos parece, en este momento, la heterogeneidad de interpretaciones que se han planteado respecto de temas comunes.

¹⁷ *El Araucano*, 16 de diciembre de 1836. Biblioteca del Fondo Patrimonial Budge, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

paulatino desencadenamiento de negativos acontecimientos. Pensamos, en efecto, que los desacuerdos entre las partes, generados principalmente por las desconfianzas permanentes entre chilenos, peruanos y bolivianos, terminarán por establecer no sólo un clima de creciente hostilidad, sino que incluso más, el inicio de la guerra.

Pero debemos señalar algo que nos parece importante respecto del análisis que hace Encina del problema de la Guerra contra la Confederación. Hemos dicho que el historiador plantea la existencia de un error en la interpretación histórica e historiográfica del siglo XIX, particularmente cuando –según él– podrían confundirse algunas causas accesorias con otras de mayor importancia para entender este conflicto que tratamos. Aun así, Encina tampoco olvida la existencia de tres dificultades que influirán de forma esencial en el desarrollo de los acontecimientos. De esta forma, el autor desarrolla su estudio recordándonos, en todo momento, que la guerra se debe en gran parte a la hostilidad peruana y, particularmente, a los planes de Santa Cruz, muchas veces cubiertos de un velo de misterio bastante confuso. Se señala entonces que:

Aparte de los razonamientos producidos por el hábito peruano de no considerar en pie de igualdad a los pueblos que habían dependido del virreinato, tres dificultades de carácter económico y financiero traían divididos a Chile y al Perú desde hacía años.¹⁸

Encina se refiere con esto, en primer lugar, a los préstamos otorgados al Perú durante el proceso de Independencia y, en efecto, a la deuda que dicho país adquiriese con Chile debido al financiamiento de la denominada «Expedición Libertadora del Perú». En segundo lugar, se hace mención al alza impositiva decretada por el Callao, que afectaba de forma importante a las exportaciones chilenas de trigo. En tercer lugar, se plantea el problema del crecimiento del poder económico del puerto de Valparaíso y el establecimiento de esta insana competencia frente a su símil del Callao. Podríamos considerar además, la política de almacenes francos y sus consiguientes alcances económicos.

De esta forma, el aumento de la tensión entre chilenos y confederados creció sin control; así también, los roces entre las personalidades de Portales y Santa Cruz. De hecho, un claro indicador del conflicto puede plantearse a partir del cómo enfrentaron estos líderes los acontecimientos diplomáticos. Se destacan en este sentido, a modo de ejemplo, las rondas de negociaciones para mantener las buenas relaciones económicas y la paz entre estas naciones americanas. De esta forma, se presentaban también una diversidad de políticas defensivas u ofensivas, dependiendo de las circunstancias que se debían enfrentar en la medida en que avanzaban los acontecimientos.

¹⁸ ENCINA, FRANCISCO A., *Introducción... op. cit.*, p. 367.

Nos parece que todo lo anterior presenta un interesante acercamiento al problema, pero creemos que de esta interpretación puede provenir el error que ya hemos mencionado; a saber, no considerar lo esencial por sobre lo accesorio en el análisis de las causas del conflicto. Decimos esto debido a que si, a la par de Encina, entendiéramos que los problemas de carácter económico son secundarios en este análisis, podríamos comprender con mayor claridad que el crecimiento del poder de Santa Cruz mediante la Confederación (situación que afectaría de forma importante la soberanía chilena), sería la primera causa de conflicto entre estas naciones. De hecho, pensamos que este escenario es el que Portales pretendía combatir, entendiendo que una vez detenido el poder de Santa Cruz, los desacuerdos económicos podrían solucionarse de forma paulatina, sin consideraciones de tipo político-estratégicas. Resulta más fácil comprender, de esta forma, la porfía de Portales en plantear la guerra como necesaria y, en segundo lugar, el objetivo primario de Santa Cruz y Orbegoso al ordenar el no cumplimiento del Tratado de comercio y amistad entre Perú y Chile. De esta forma, la posible mantención en el tiempo de las ventajas económicas para Chile a partir del tratado antes mencionado, sería de fácil mantención para el Estado chileno. Ahora bien, una interrogante propicia en este momento podría plantear que las desventajas para el Perú no eran razón suficiente para dar inicio a una escalada de odiosidad que pudiese generar una guerra. «El Araucano», bajo este respecto, mencionaba lo siguiente:

Si tenéis presente la poca confianza que inspiraba un Gobierno que había roto la paz con un acto inédito de perfidia; con cuya sinceridad en los tratos que iba a iniciarse hubiera sido insensatez contar; y que probablemente entraba en ellos con la sola mira de ganar tiempo, mientras llegase el momento de hacernos la guerra con ventaja; no dudo que aprobaréis la determinación que tomé de enviar a Lima un Ministro Plenipotenciario que exponiendo directamente nuestras quejas al gobierno Peruano obtuviese las reparaciones y seguridades competentes; y que en caso de no alcanzarlas le intimase la guerra.

Tomé al mismo tiempo la resolución de enviar nuestra Escuadra a las mares peruanas.¹⁹

Una interpretación similar respecto de las causas de la guerra plantea Agustín Edwards, al preguntarse cuál es el factor que desencadena el proceso de permanentes hostilidades entre

¹⁹ El Araucano, 23 de diciembre de 1836. Se agrega además que «La resolución definitiva de suspender el tratado existente entre las repúblicas chilena y peruana, tomada por la administración del general Orbegoso no nos ha sorprendido de ninguna manera (...) ¿Qué beneficio ha reportado con él nuestra agricultura y comercio, que pueda compararse con el que ha recibido la agricultura del departamento de Lima? Los azúcares peruanos han disfrutado completamente de la rebaja de los derechos en los puertos chilenos, mientras que nuestro comercio de granos ha estado sujeto en el Callao a providencias arbitrarias que han hecho enteramente ilusorias, con respecto a ellos, las estipulaciones del tratado». El Araucano, 26 de febrero de 1836, citado en: Sotomayor, Valdés, Ramón, *op. cit.*, p. 92.

confederados y chilenos. Este autor no sólo responsabiliza a Santa Cruz, sino que también al presidente peruano Orbegoso. Pero lo que destacamos para el caso, es que Edwards no duda en señalar que es la actitud de Orbegoso una de las grandes responsables del conflicto: actitud personal y desacuerdos económicos como sustento de las consecuencias bélicas. Ahora bien, Edwards no olvida tampoco el componente económico de este conflicto, y lo menciona haciendo una interesante distinción entre guerras religiosas y guerras económicas. Aún así, nos parece que su mención a Orbegoso se ajusta al desarrollo de la idea que hemos venido exponiendo:

Si se ahonda un poco en ellas [las causas de la guerra] se encuentra, como en todas las guerras que no son religiosas, una causa económica. Los ambiciosos proyectos de confederación del Mariscal Santa Cruz fueron la causa determinante de las hostilidades. La causa originaria, sin la cual Garrido no habría ido al Callao a tomarse la escuadra peruana, fue, en realidad, la actitud del presidente Orbegoso, quien se había manifestado resuelto a no respetar el tratado con Chile que estipulaba la mutua protección de la marina mercante y la rebaja de derechos aduaneros en el intercambio de productos. (...)²⁰

El mismo Edwards continúa su análisis argumentando que desde la perspectiva de Portales, el establecimiento de la Confederación podía llegar a ser muy dañino para la estabilidad americana. Frente a las ansias de reconocimiento que Santa Cruz esperaba de la comunidad internacional, Portales elevaba una queja permanente respecto de los reales alcances de esta nueva forma política²¹. Concordamos entonces con Encina nuevamente al reconocer el valor del pragmatismo de portaliano. La visión de futuro y su sagacidad para entender los conflictos antes que estos se desarrollaran, lo transformaba a veces incluso, en un incomprendido. No es casualidad, según creemos, que los juicios del Ministro respecto de una posible guerra entre naciones fueran muchas veces ignorados. El mismo Encina señala que una vez iniciado el intercambio epistolar entre Santa Cruz y Prieto para intentar resolver el conflicto de manera pacífica, la postura de Portales mantenía firme la recomendación de prepararse para un conflicto de proporciones²².

²⁰ EDWARDS, AGUSTÍN, *El Alba. 1818-1841*, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Valparaíso, 1931, p. 292.

²¹ «Portales en nota del 18 de diciembre rebatió a Olañeta diciéndole, entre otras cosas, que la fusión de dos naciones en una, meditada sin la participación de los estados vecinos y consumada notoria y evidentemente por la fuerza, no habría sido contemplada en Europa con la indiferencia que le recomendaba al Gobierno de Chile. El General Santa Cruz, decía Portales, le ha arrebatado a Bolivia su independencia». *Ibidem*, p. 295.

²² «Basta leer las comunicaciones de Garrido para comprenderlo. Portales, al enviarlo, se guardó bien de imponerle de que estaba resuelto a ir a la guerra a todo trance. Se limitó a darle la instrucción de tomar los buques y regresar. Garrido vio el primer designio, o sea la seguridad defensiva y ofensiva que se adquiriría con la captura de los buques peruanos. Más, no vio el segundo, o sea la banderilla que Portales quería clavar al toro andaluz, para que, a su turno, rebotara en forma de represalias sobre el toro vasco araucano, enardeciéndolo». Encina, Francisco A., *Introducción... op. cit.*, p. 407.

Poco a poco, el gobierno de Prieto entendía que estaba siendo injustamente atacado; en efecto, la capacidad de reacción sería, sin duda, la que determinaría una victoria en el tiempo. Santa Cruz también planeaba a futuro, pero creemos que no a partir de una postura defensiva, sino que ofensiva y bien definida. El plan inicial de la Confederación planteaba la unión política de Bolivia, Perú, Chile, Ecuador, Colombia y Argentina. La resistencia de algunos, en este contexto, no haría flaquear al Mariscal. Pero esto no lo decimos arbitrariamente, sino que comprendemos que existen antecedentes que así lo demuestran. Encina se esfuerza en plantear, para este punto, que existe una problemática esencial dentro de esta parte de las desavenencias entre Chile y la Confederación: nos referimos a las consecuencias políticas que implicó la expedición de Ramón Freire desde el Callao hacia el sur de Chile.

Es en este contexto donde Santa Cruz entiende, al parecer con claridad, que la figura de Portales no permitirá el avance militar peruano sobre suelo chileno. Parecía entonces para el gobierno chileno, al menos sospechoso, que la expedición de Freire saliese del Callao sin auxilio del gobierno confederado de Santa Cruz. La desconfianza de Prieto y Portales crecía a cada momento. Para Santa Cruz, por el contrario, esta situación lo ponía en serios aprietos al intentar probar que su gobierno no tenía responsabilidad alguna en estos acontecimientos. Este juego de supuestas responsabilidades y sus diversas interpretaciones es lo que definiría entonces los últimos movimientos antes de la guerra. Para Sotomayor Valdés, la transparencia de la situación es incuestionable. Frente a las circunstancias que la expedición de Freire había generado, el resguardo del orden interno se hacía en Chile esencial. Parecía que la paciencia se agotaba frente a las artimañas de la Confederación de Santa Cruz. Pero, paradójicamente, debemos resaltar el fraterno intercambio epistolar entre Prieto y Santa Cruz. Pensamos, en todo caso que esconde con maestría las reales intenciones de cada una de las partes:

Tal fue el conjunto de datos y antecedentes que acabaron de confirmar al gobierno de Chile en el convencimiento de que la expedición de Freire no podía haberse verificado sin la protección de las principales autoridades del Perú; y imitando bien todas las circunstancias, el gobierno no pudo menos que señalar en el atentado un cómplice de más importancia que el general Orbegoso, y fue él general Santa Cruz, de quien Orbegoso no era más que en aquellos días que un aliado, un pupilo, un instrumento.²³

Es en estas circunstancias, cuando el gobierno de Prieto decide apoderarse en las afueras del puerto del Callao de tres buques de guerra peruanos como forma de asegurar la seguridad para el Estado chileno. Prieto explica en una carta a Santa Cruz, que dicha acción se relaciona estrictamente con la expedición de Freire y que existen, para esta forma de

23 SOTOMAYOR, VALDÉS, Ramón, *op. cit.*, p. 179.

proceder, argumentos que merecen ser explicados. Prieto asegura que esta acción no es una declaración de guerra, sino que una forma de asegurar la seguridad del pueblo chileno. El mandatario chileno agrega que

Me fijaré sólo en nuestra determinación de tomar en forma de prenda los buques de guerra peruanos que no habían formado parte de la expedición de Freire. Me parece de tal evidencia la justicia que nos asistía para dar este paso, que me admiro que el ilustrado juicio de Ud. haya podido verlo bajo diverso aspecto. ¿A qué se redujo en efecto? A quitar al Perú momentáneamente tres buques de guerra que, supuestas sus disposiciones pacíficas hacia nosotros, para nada podían hacerle falta, y que en la suposición contraria, de que teníamos pruebas y documentos irrefragables, podían hacernos gravísimo daño.²⁴

Santa Cruz, en un desplante de habilidad política, aprovecha esta oportunidad para endosar al Estado chileno, a Prieto y a Portales, la responsabilidad por el aumento incesante de las hostilidades. El mandatario de la Confederación plantea su inquietud por las acciones tomadas por el gobierno chileno y plantea una postura de sorpresa frente a los acontecimientos de los cuales ha sido testigo. Esa es la misma actitud que generaba recelo en Chile, debido a que muchos entendían que sus intenciones distaban mucho de concordar con sus palabras. De hecho, Encina es categórico en confirmar esta afirmación. Una más de las maquinaciones de Santa Cruz queda al descubierto cuando, a partir de hábiles maniobras políticas, aísla a su gobierno de la culpa por una situación que generaba, a cada momento, un aumento del recelo entre ambas naciones. De acuerdo al historiador chileno,

Santa Cruz parecía complacido con la captura de los buques, y se allanaba a darlos en rehenes, legalizando el acto agresivo que el gobierno chileno acababa de cometer en plena paz, ¿Qué mayor seguridad de sus intenciones pacíficas?²⁵

Es así como, considerando la incertidumbre que los acontecimientos plasmaban en la política chilena, Prieto solicitaba autorización al Congreso chileno para declarar la guerra a la Confederación Perú-Boliviana si es que las circunstancias no cambiaban de forma enfática. Encina nos señala, bajo este respecto, que el mismo día que Prieto escribía la carta a Santa Cruz explayándose respecto de las motivaciones para tomar los tres buques peruanos, solicitaba dicha autorización al Congreso chileno. Existía en esta carta a Santa Cruz,

²⁴ Carta de Don Joaquín Prieto al Mariscal Andrés de Santa Cruz, fechada el 2 de octubre de 1836, citada en: *Ibidem*, p. 405.

²⁵ ENCINA, FRANCISCO A., *Introducción... op. cit.*, p. 408.

un pliego de peticiones que debían considerarse por el mandamás de la Confederación. Si éstas se ignoraban, no quedaría otra opción que movilizar el ejército hacia el norte. Entre las peticiones más importantes podemos señalar la exigencia respecto de la independencia de Bolivia y Ecuador frente al dominio de la Confederación, el reconocimiento de la deuda contraída por el Perú para con Chile luego del proceso de Independencia, reciprocidad de comercio entre Chile y Perú, y exención a los chilenos en Perú y a los peruanos en Chile de responsabilidades civiles y militares respecto de los Estados donde vivían como extranjeros²⁶.

La intención primera de la declaración de guerra, si es que ésta se interponía entre ambos pueblos, era la de defender la soberanía nacional de esta Confederación, que no pretendía más que aumentar su poder a costas de otros Estados, plasmando un discurso de unión americana que no tenía alcances coherentes en estas circunstancias; menos para el gobierno de Prieto y la figura de Portales²⁷.

Otro punto importante es, para el caso, el de las relaciones de Santa Cruz con Argentina. Hemos estado hablando de los recelos que las autoridades chilenas tenían contra el denominado «Protector», y nos parece interesante plantear que para el caso argentino, la existencia de la Confederación también implicaba un riesgo. A esto, sin duda, se sumaban las problemáticas internas que debía enfrentar Santa Cruz en Perú, dado que las fuerzas opositoras a su poder no se mantenían en silencio²⁸. Pero existía también, además de la fuerza militar, un apoyo civil irrestricto de algunos grupos a la legitimidad de la Confederación en Perú y en Bolivia. Hemos ya hecho mención al «Eco de la Confederación»; tal como «El Araucano», representaba de forma perfecta el pensamiento del gobierno de Prieto y, en

²⁶ *Ibidem*, p. 409.

²⁷ «El gobierno chileno dirigió al congreso un largo mensaje que terminaba diciendo: <El buen juicio del pueblo chileno y de las naciones extranjeras y el fallo imparcial de la posteridad, decidirán si las razones justificativas que he tenido la honra de exponer, son suficientes para legitimar el recurso de la guerra; si es conveniente y necesaria esta medida para la conversación de nuestros más caros derechos y de la existencia misma, y si estaban agotados los medios de conciliación que, sin aventurar los destinos de la patria, me eran permitidos con un enemigo que ha sido el primero en violar la paz, como lo hizo con un acto de la más horrible alevosía; que se ha servido constantemente de las negociaciones para encubrir las asechanzas; que en medio de la paz se ha desvelado siempre en fomentar la sedición y la anarquía en los países vecinos para allanar el camino a sus armas, y de cuya política insidiosa y perversa será un ejemplo memorable la usurpación del Perú. Tarde o temprano era inevitable la guerra con que este caudillo ambicioso, cuyos designios de dominar a la América del Sur se han revelado al mundo años hace una correspondencia célebre y de una autenticidad que nadie se ha atrevido a disputar, con un hombre de aspiraciones tan opuestas a la seguridad de los estados vecinos y a la forma popular de las instituciones americanas, qué el mismo ha jurado sostener». *Ibidem*, p. 415.

²⁸ «Después de la victoria de Yanacocha, los vecinos de Tacna declararon por un acta, que querían pertenecer a la asociación boliviana; pero Santa Cruz, que no se conformaba con mandar a Bolivia, ni aun engrandecida con el departamentote Tacna, sino que extendía su ambición a Bolivia i el Perú, prohibió por un decreto las manifestaciones de la clase de aquella que acababa de hacerse, i sacrificó a sus miras personales un proyecto cuya realización no era entonces difícil, i que había producido inmensas ventajas para Bolivia». Manuel José Cortés respecto de Andrés de Santa Cruz en: Cortés, Domingo, Galería de Hombres Célebres de Bolivia, Imprenta de la República, La Paz, 1869, p. 151.

efecto, las ideas portalianas. En buenas cuentas, el «Eco» cumplía para la Confederación y Santa Cruz el mismo rol que el periódico chileno. De hecho, muchas de las críticas establecidas en «El Araucano» respecto de la figura de Santa Cruz, tenían su símil en el «Eco de la Confederación». A modo de ejemplo, podemos agregar que el «Eco», respecto de Portales, planteaba opiniones muy adversas, y la defensa de los proyectos de la Confederación era incuestionable²⁹.

La tensión que generaba la Confederación no era manifestada sólo en Chile y en su gobierno; en Argentina la situación no era distinta. La independencia se resguardaba con celo también en el país trasandino, y la imagen que Santa Cruz emitía no era bien recibida tampoco por el gobierno de Rozas. De acuerdo al relato de Manuel José Cortés,

El gobierno de Buenos Aires al declarar la guerra (19 de mayo de 1837) a Santa Cruz i a sus sostenedores, fundó su resolución en que el gobierno de Bolivia había seguido respecto del de la Confederación, una política insidiosa, i en que la intervención de Santa Cruz para cambiar el orden político del Perú, era un abuso criminal contra la libertad y la independencia de los estados americanos (...)

La muerte de Portales, ministro de Chile, atribuida tal vez sin fundamento a las maquinaciones de Santa Cruz, lejos de retardar los aprestos militares de aquella República, sirvió para acelerarlos, i la escuadra chilena, al mando de Blanco Encalada, zarpó de Valparaíso con dirección a las costas del Perú.³⁰

Parecía inevitable entonces el conflicto. Por lo menos desde la perspectiva del gobierno chileno, la falta de acatamiento del gobierno de Santa Cruz con la lista de requerimientos exigida por Chile luego de la expedición de Freire, no permitía más que pensar en la guerra. Al parecer, y según la misma opinión de Diego Portales, no existía alternativa alguna que evitara el conflicto. Las posturas de Santa Cruz no cambiaban y, en efecto, su discurso seguía manteniendo tintes de pacifismo, pero claramente poco coherente con sus acciones. No se podía tolerar a un gobierno que amenazaba así la soberanía nacional y que intentaba, por la vía diplomática, frenar una guerra que entendía le sería en muchos sentidos, adversa. Creemos que Sotomayor Valdés no se equivoca cuando señala que Santa Cruz rara vez combatía las dificultades de frente, que sus compromisos eran poco confiables y que el diálogo parecía ser su herramienta favorita para dilatar los acuerdos donde podía verse afectado³¹.

²⁹ «El Señor Portales –decía el Eco del 24 de mayo de 1837– cuya carrera política es una sentina de abominaciones y cuya diplomacia ha sido la alevosía; diestro en los manejos del crimen, se encuentra hoy rodeado de los más grandes obstáculos para realizar su plan de saque y pillaje, de yugo y de vergüenza del Perú'. Describía en seguida la serie de fusilamientos, prisiones y destierros decretados por Portales.» Edwards, Agustín, *op. cit.*, p. 300.

³⁰ *Ibidem*, p. 158.

³¹ SOTOMAYOR, VALDÉS, RAMÓN, *op. cit.*, p. 52.

Era el 23 de diciembre de 1836, y Portales se manifestaba con un manifiesto realismo en «El Araucano»:

Creo que no era posible llevar más allá nuestras consideraciones al honor de un Gobierno, cuya conducta con el nuestro nada había sido menos que decorosa y delicada. Sin embargo, no se quiso ni aun dar oídos a las proposiciones del Ministro Chileno; no se le permitió ni aun entenderse de palabra con el de Relaciones Exteriores del Gobierno Peruano: a la propuesta de condiciones recíprocas, se contestó exigiéndole una seguridad llana y sin condiciones, como preliminar a todo trato: y se le redujo a la ruda alternativa de retirarse intimidado, en conformidad a sus instrucciones, que se mirase como declarada la guerra³².

Creemos, a modo de conclusión, que se han planteado una diversidad de aspectos que intentan confirmar la postura de Francisco Encina respecto de las causas más esenciales de la Guerra del Estado chileno contra la Confederación Perú-Boliviana. Nos parece que existen variadas interpretaciones respecto del conflicto, y que la riqueza que cada una de ellas entrega al estudioso resulta esencial.

Pensamos que hemos cumplido con nuestro objetivo inicial, estableciendo comparaciones entre las opiniones vertidas y experimentando con la revisión de fuentes y obras históricas de valiosa tradición. Respecto de la postura que plantea el rescate de las personalidades para el análisis en cuestión, confiamos en que sea un aporte a la discusión académica relativa al tema tratado. Creemos además, que a partir de este breve análisis comparativo de las figuras políticas más importantes para dicho proceso, logramos refrescar el estudio de este conflicto, que tal como señalamos en líneas anteriores, parece encontrarse relegado en el estudio de la Historia institucional chilena, debido a que creemos que el estudio de la Guerra del Pacífico ha acaparado gran parte de la atención del mundo académico.

No hemos querido desarrollar el conflicto en su totalidad; tampoco nos hemos referido a las campañas militares, ni a lo sucedido luego del asesinato de Diego Portales. Esto, debido a que creemos que la muerte del Ministro representa el fin de un proceso que comenzó con los primeros recelos del mismo hacia el establecimiento de la Confederación.

Hubiéramos deseado haber revisado una mayor cantidad de bibliografía respecto del mismo Andrés de Santa Cruz y respecto, además, de Diego Portales, pero lo primero nos fue imposible debido a la importante carencia de material existente en el país respecto de la figura de Santa Cruz. Es quizás esto una manifestación más de lo que nos señalaba Encina. Si es que caemos en el equívoco de pensar que la Guerra contra la Confederación depende

³² *El Araucano*, 23 de diciembre de 1836.

de causas meramente económicas, no pretenderemos ahondar en la figura de Santa Cruz; y tampoco, a modo de comparación, en la de Portales. Es por ello que nuestro análisis intentó ahondar en ambas figuras sin seguir un relato estricto sobre el conflicto. Insistimos, ese nunca fue nuestro objetivo, sino que más bien intentábamos reformular el estudio tradicional de este conflicto de manera que su estudio sea más fresco y enriquecedor.*

Bibliografía

Fuentes primarias:

Diario *El Araucano*, Biblioteca del Fondo Patrimonial Budge, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, Chile.

Fuentes secundarias:

AMUNÁTEGUI, MIGUEL, LUÍS, *La cuestión de límites entre Chile y Bolivia*, reeditada por el Instituto de Investigaciones del Patrimonio Territorial de Chile de la Universidad de Santiago, Santiago, 1987.

EDWARDS, AGUSTÍN, *El Alba. 1818-1841*, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Valparaíso, 1931, p. 292.

CORTÉS, DOMINGO, *Galería de Hombres Célebres de Bolivia*, Imprenta de la República, La Paz, 1869.

ENCINA, FRANCISCO, *Historia de Chile*, Editorial Nascimento, Santiago, 1962.

ENCINA, FRANCISCO, *Introducción a la historia de la época de Diego Portales (1830-1891)*, Editorial Nascimento, Santiago, 1964.

SOTOMAYOR, VALDÉS, RAMÓN, *Historia de Chile bajo el gobierno del general Don Joaquín Prieto*, Fondo Histórico Presidente Joaquín Prieto, reedición de la Academia Chilena de la Historia, Santiago, 1980.

* Artículo recibido el 7/8/2012 y aceptado en 30/8/2012.